

las otras dos carabelas más. Sábado, 29 de Setiembre, anduvieron 24 leguas, porque tuvieron calmas, entre día y noche, contó 21; parecieron por tres veces tres alcatrazes y un rabihorcado; que así llaman aquella ave que tiene la cola partida en dos partes, y esta persigue á los alcatrazes hasta que estercolizan, y come aquel estiércol y dello se mantiene. Dijo el Almirante aquí que todo esto era gran señal de tierra, los aires, diz que, eran dulces y suavísimos, que no faltaba sino oír cantar al ruiseñor. Domingo, 30 de Setiembre, tuvieron alguna calma y anduvieron 14 leguas; vinieron al navío cuatro rabos de junco, vieron cuatro alcatrazes en dos veces; dice Cristóbal Colon que esto es gran señal de estar cerca de tierra por ser tantas aves de una naturaleza juntas, porque si fuera una sola, pudiérase creer que había desmandado. Dice aquí Cristóbal Colon que él y todos los marineros se maravillaban ver tantas aves y no ver tierra, por la experiencia que se tiene que nunca las hallan 20 leguas de tierra, mayormente el rabihorcado, que nunca duerme en la mar; la mar traía muy llana, y los aires muy dulces y graciosos.

En estos días notó Cristóbal Colon una cosa, de que se admiró, que las guardas, en anocheciendo, estaban junto el brazo izquierdo, que es el de la parte de Occidente, y cuando amanecía, estaban en la línea debajo del brazo derecho, por manera que en toda la noche no andaban sino tres líneas, que son nueve horas, y esto cada noche. También de otra cosa, los pilotos de los tres navíos recibieron mucho temor, sospechando algún gran peligro hasta que él les dió la razón, y es: que las agujas nordesteaban una cuarta entera en anocheciendo, y en amaneciendo estaban fil con fil de la estrella. Dióles la causa de esta diferencia Cristóbal Colon, diciendo, que aquello causaba el movimiento que aquella estrella que llamamos Norte, hace con su círculo al rededor del verdadero Norte ó Polo, por manera que aquella estrella se muda, ó tiene su movimiento violento de Oriente á Occidente como las otras, y las agujas siempre señalan el verdadero Norte ó Polo mostrando la verdad; con esta solución quedaron los pilotos y marineros algo satisfechos. Lunes, primero día de Octubre, anduvieron 25 leguas entre día y noche; puso en la cuenta menor 20.

Trataron hoy por la mañana los pilotos, las leguas que cada uno se hallaba haber navegado y estar apartados de la isla del

Hierro, que es la postrera de las Canarias, viniendo á estas partes. El piloto de la *Capitana*, donde venia Cristóbal Colon, se hallaba al Poniente de la dicha isla; 578 leguas; publicó Cristóbal Colon, hallarse también él otras tantas, considerada la cuenta menor y pública, que con industria había siempre escrito, aunque en la secreta, que era la verdadera, era, según el juicio de Cristóbal Colon y lo que había tasado, 707 leguas, de manera, que la diferencia, eran 129 leguas, y los otros dos pilotos, mucho mayor camino, según su estima, habían andado, porque el piloto de la carabela *Niña*, el miércoles siguiente tenía tasado, que había navegado 650, y el de la *Pinta*, 634 leguas. Holgábase Cristóbal Colon que así errasen, creyendo y tasando menos del camino que era, porque si todos sintieran que estaban tan lejos de las Canarias, como 700 y tantas leguas, más temieran, y mucho más difícil le fuera llevarlos adelante. El martes, 2 de Octubre, anduvieron al gusste, que era su vía, y entre día y noche, dejaron atrás 39 leguas, contó á la cuenta pública 20; la mar era muy llana y buena siempre, gracias á Dios (esta era comunmente palabra de Cristóbal Colon). Venia hierba mucha del Este al gusste, al revés de como solía; parecieron muchos pescados, mataron un atun pequeño; pareció una ave blanca como gaviota. El miércoles, 3 de Octubre, anduvieron entre noche y día 47 leguas, contó en la pública cuenta 40; vieron pardelas algunas, y hierba muy vieja y otra nueva, que traía cierta cosa como fruta, y porque vieron pocas aves, sospechaba Cristóbal Colon, que le quedaban atrás por los lados las islas que él traía pintadas en la carta, de que de suso se hizo mención, pues la semana pasada se les habían ofrecido tantas y tan claras señales de tierra; pero dice aquí, que no fuera buen seso barloventear, y así, detenerse volviendo á un lado ó á otro en busca de ellas, pues llevaba próspero tiempo y su principal intento era ir en busca de las Indias, por la vía del Occidente, y esto era lo que había ofrecido á los Reyes y los Reyes lo enviaban por este fin.

Por esta ocasión de no querer volver á barloventear por los lados en busca de las islas que creían los pilotos quedar por allí, mayormente Martín Alonso, por la carta que se dijo que le había enviado Cristóbal Colon á su carabela para que la viese (y era opinión dellos que debía de volver) se co-

CAPITULO XXXIX.

menzaron á amotinar todos; y fuera el desconcerto mas adelante, sino que puso Dios su mano, como solía, mostrándoles luego nuevas señales de haber cerca tierra, porque ya no bastaban blandas palabras, ni ruegos, ni prudentes razones de Cristóbal Colon para los aseogar y persuadir á perseverancia. Y así, juéves 4 de Octubre, vinieron al navío mas de cuarenta pardelas juntas y dos alcatrazes, á uno de los cuales, un grumete del navío hirió con una piedra; vinieron mas, un rabo de junco y una ave blanca como gaviota; navegó este día con su noche 64 leguas, contó en la cuenta pública 46. El viernes siguiente parecieron muchas pardelas y peces que llaman golondrinos, que vuelan un gran tiro de piedra encima del agua, y suelen caer muchas veces en las naos, y así hoy cayeron en el navío muchos; anduvieron 57 leguas, contó 45 á la gente; la mar bonanza; muchas gracias sean dadas á Dios, dice aquí Cristóbal Colon. Sábado, 6 de Octubre, anduvieron 40 leguas, entre día y noche, puso en la cuenta pública 33. Esta noche dijo Martín Alonso, que sería bien navegar á la cuarta del gusste, á la parte del sudueste, por la isla de Cipango, que llevaba la carta que le mostró Cristóbal Colon; al cual no pareció que debían de mudar la derrota, porque, si la erraban, no pudieran tan presto tomar tierra, y que por esto era mas seguro descubrir la tierra firme, y despues ir á buscar las islas: lo cual todo les era desabrido, y, en no hacer Cristóbal Colon lo que ellos decían, luego murmuraban. Vino á la nao un rabo de junco y un alcatraz de hácia el Poniente, y poco se alegraban con esto, como iban tan contra su voluntad.

En el cual se trata de algunos alegrones que tuvieron diciendo algunos que vian tierra, á los cuales se les tornaban luego en tristezas y en murmuraciones y desacatos de Cristóbal Colon, y á querérsele amotinar.—Cómo mudó el camino más al Austro por las señales de las aves que vian.—Cómo vieron muchas y ciertas señales de estar cerca de tierra.—Cómo vieron un junco verde y otras cosas de tierra.—Cómo jueyes, 11 de Octubre, conociendo Cristóbal Colon que estaban cerca de tierra, hizo una habla á todos aquella noche, á primera noche, que velasen bien porque ántes de muchas horas la verían.—Cómo á las diez de la noche vido él mismo lumbre, y á las dos, despues de media noche, vido tierra.—Y cómo por haber visto la lumbre, primero, le adjudicaron los Reyes los 10,000 maravedises; aunque otro vido la tierra.

Porque nuestro Señor tenía determinado de abreviar ya el tiempo en que á Cristóbal Colon había de hacer verdadero, y mostrar que lo había escogido para esto, y escaparle también del gran peligro que con aquella gente impaciente é incrédula llevaba, y á ellos así mismo despenar, y á todos consolar, domingo, 7 de Octubre, al levantar del sol, la carabela *Niña* que por ser muy velera iba delante, y también porque todos trabajaban de andar cuanto más podían por ver primero tierra, por ganar la merced de los 10,000 maravedís de juramento que la Reina había prometido al que primero viese tierra, como ya se dijo arriba, alzó una bandera en el topo del mastel y tiró una lombarda por señal que había tierra, porque así lo había ordenado el Capitán general Cristóbal Colon. Tenía también mandado, que, al salir y poner del sol, se juntasen todos los navíos con él, porque aquestos son dos tiempos más propios y convenientes para que los humores ó vapores de la mar no impidan á ver más lejos mar ó tierra que otros; pues como á la tarde no viesen la tierra que los de la *Niña* dijeron, y hobiesen sido celajes, de lo cual tornaron á tomar nuevo descorazonamiento y desmayo los que siempre desconfiaban, y viese Cristóbal Colon que pasaban gran multitud de aves de la parte del Norte hácia el Sudueste, lo cual era evidente argumento y cierta señal que iban á dormir á tierra ó huían quizá del invierno que, en las tierras donde venían, debía de querer venir, acordándose Cristóbal Colon que las más de las islas que los porto-

gueses hoy tienen, las habían descubierto por tomar y tener por cierto el dicho argumento de seguir tras las aves que vian volar como de corrida, mayormente sobre tarde, por esto acordó dejar el camino que llevaba del gúeste, y poner la proa hacia el gúesteste, que eran dos vientos más, con determinación de andar dos días por aquel camino, porque consideraba que no se apartaba mucho del gúeste, que era su principal intento; por el cual, si siempre siguiera, y la impaciencia castellana no lo impidiera, ninguna duda fuera, que no iba á dar en la tierra firme Florida, y de allí á la Nueva España, aunque fueran incomparables los inconvenientes y daños intolerables que se le ofrecieran, y fuera divino milagro si á Castilla jamás volviera. Pero hizo lo que le pareció Dios, que lo gobernaba, regia y sabia todo, muy mejor que él ni otro pudiera desearlo ni pedirlo, como constará por lo que más referiremos.

Anduvo este día, antes que diese la vuelta, 23 leguas, y dióla por el Sudueste una hora antes que el sol se pusiese, y navegó, esta noche, obra de 5 leguas. Lunes, 8 de Octubre, navegó, al gúessudueste, y luego les quiso Dios suplir ó reformar el desmayo que de nuevo habían el día pasado recobrado, porque parecieron mucho número de diversas aves, que fueron grajales y ánades, y un alcatraz, y, sobre todas, muchos pajaritos del campo, de los cuales tomaron en la nao uno, con que todos, como si vieran una gran cosa, se regocijaron. Y porque iban todas estas aves al Sudueste, y no parecía que podían ir á parar muy lejos, siguieron con mas voluntad y alegría aquel camino, que era el que las aves llevaban. Crecióles su consuelo con que también tenían la mar, como en el río de Sevilla, muy llana; los aires muy dulces, como por Abril en Sevilla, odoríferos y muy agradables, y la hierba que solían ver muy fresca, por todo lo cual Cristóbal Colon daba á nuestro Señor muchas gracias. Anduvieron entre día y noche obra de 12 leguas no más, porque había poco viento. Martes, 9 de Octubre, navegando al Sudueste, porque se le mudaba el viento, anduvo 5 leguas; despues corrió al gúeste, cuarta al Norueste, y anduvo, 4, despues, con todas, 11 de día, y á la noche 20 leguas y media y contó á la gente 17; sintieron toda la noche pasar pájaros. Otro día, miércoles, 10 de Octubre, arreciando el viento y navegando al gúessudueste, anduvieron 10 millas por hora, que son 2 leguas y media,

y algun rato á siete, y así, entre día y noche, corrieron 59 leguas; puso en la cuenta pública 44. Pues como la gente vido tanto andar, y que las señales de los pajaritos y muchas aves salían vanas todas, porque del bien que sucediese y alegría que en muy breve se les aparejaba, nadie con razón pudiese presumir aplicar á sí, antes toda la gloria se atribuyese al Señor muy alto y muy bueno que los regia, cuya voluntad, necesariamente de aquel camino se había de cumplir, tornaron todos á reiterar sus importunas y desconfiadas querellas, y á insistir en sus temerarias peticiones, clamando á la vergonzosa tornada, despidiéndose de todo punto del placer y regocijo, que en espacio de no treinta horas Dios les tenía aparejado. Pero no concediendo á tan vituperable cobardía el ministro que para este negocio allí Dios llevaba, antes con más renovado ánimo, con mayor libertad de espíritu, con mas viva esperanza, con más graciosas y dulces palabras, exhortaciones y ofrecimientos mayores, los esforzó y animó á ir adelante y á la perseverancia, añadiendo también que por demás era quejarse, pues su fin del y de los Reyes había sido y era, venir á descubrir, por aquella mar occidental, las Indias, y ellos para ello le habían querido acompañar, y que así lo entendía proseguir con el ayuda de nuestro Señor, hasta hallarlas, y que tuviesen por cierto estar más cerca dellas de lo que pensaban. Aquí creo yo que puso Dios su mano, para que no hiciesen algun desatino de los que muchas veces habían imaginado.

Juéves, 11 dias de Octubre, cuando ya la misericordia divina quiso hacer á todos ciertos de no haber sido en valde su viaje, vieron nuevas, y más que todas las otras ciertas y averiguadas señales con que todos respiraron; navegaron al gúessudueste, llevando mas alta y brava mar de la que habían traído todo el viaje; vieron pardelas y, lo que mas que todo fué, junto á la nao un junco verde, como si entónces de sus raíces lo hobieran cortado; los de la carabela *Pinta* vieron un palo y una caña, tomaron otro palillo, á lo que parecía, con hierro labrado, y un pedazo de caña, y una tablilla, y otra hierba que en tierra nace; los de la carabela *Niña* también vieron otras señales, y un palillo cargado de escaramojos con que todas las carabelas en gran manera se regocijaron; anduvieron en este día, hasta que el sol se puso, 27 leguas. Cognosciéndose Cristóbal Colon estar ya muy cerca de

tierra, lo uno, por tan manifiestas señales, lo otro, por lo que sabia haber andado de las Canarias hacia estas partes, porque siempre tuvo en su corazón, por cualquiera ocasión ó conjetura que le hobiese á su opinión venido, que habiendo navegado de la isla del Hierro por este mar Oceano 750 leguas, pocas más ó menos, había de hallar tierra; despues de anochecido, al tiempo que dijeron la Salve, como es la costumbre de marineros, hizo una habla muy alegre y graciosa á toda la gente y marineros, reduciéndoles á la consideración las mercedes que á él y á todos, Dios en aquel viaje había hecho, dándoles tan llana mar, tan suaves y buenos vientos, tanta tranquilidad de tiempos sin tormentas y zozobras, como comúnmente á los que navegan por la mar suelen acaecer; y porque él esperaba en la misericordia de Dios, que antes de muchas horas les había de dar tierra, que les rogaba encarecidamente que aquella noche hiciesen muy buena guardia en el castillo de proa, velando y estando muy sobre aviso, para mirar por tierra mejor que hasta entónces habían hecho (pues habiendo puesto en el primer capítulo la instrucción que dió á cada Capitan de cada navío, partiendo de las Canarias, conviene á saber, que habiendo navegado 700 leguas hacia el Poniente, sin haber descubierto tierra, no navegasen más de hasta media noche, lo cual no habían hasta entónces guardado, y él lo había disimulado por no darles mas pena, por el ansia que llevaban de ver tierra), porque él tenía gran confianza en nuestro Señor que aquella noche habían de estar muy cerca de tierra, ó quizá verla; y que cada uno pusiese diligencia en velar por verla primero, porque, allende la merced de los 10,000 maravedís que la Reina había concedido al primero que la viese, él prometía de darle luego un jubon de seda.

Esta noche, despues del sol puesto, navegó al gúeste, la vía que siempre desde las Canarias trujo, y anduvo 12 millas por hora, y, hasta las dos, despues de media noche, andarian 90 millas, que fueron 22 leguas y media. Estando Cristóbal Colon en el castillo de popa, con los ojos mas vivos hacia adelante que otro, como aquel que más cuidado dello tenía, porque más le incumbía que á todos, vido una lumbre, aunque tan cerrada ó añublada, que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó de secreto á Pero Gutiérrez, repostero de estrados del Rey, y díjole que parecía lumbre, que mirase él lo que le parecía, el cual la

vido y dijo que lo mismo le parecía ser lumbre; llamó también á Rodrigo Sanchez de Segovia, que los Reyes habían dado cargo de ser veedor de toda la armada, pero éste no la pudo ver. Despues se vido una vez ó dos, y diz que, era como una candellilla que se alzaba y bajaba, Cristóbal Colon no dudó ser verdadera lumbre, y por consiguiente, estar junto á la tierra, y así fué. Y lo que yo siento dello es, que los indios de noche por aquestas islas, como son templadas, sin algun frío, salen ó salían de sus casas de paja, que llamaban bohios, de noche á cumplir con sus necesidades naturales, y toman un tizon en la mano, ó una poca de tea, ó raja de pino, ó de otra madera muy seca y resinosa, y arde como tea, cuando hace escura noche, y con aquel se tornan á volver, y desta manera pudieron ver la lumbre las tres y quatro veces que Cristóbal Colon y los demás que la vieron.

Velando, pues, muy bien Cristóbal Colon sobre ver la tierra, y avisando á los que velaban la proa de la nao que no se descuidasen, como la carabela *Pinta*, donde iba Martín Alonso Pinzón, fuese delante de todas por ser más velera, vido la tierra, que estaría dos leguas, á las dos horas despues de media noche, y luego hizo las señales que de haber visto tierra, por la instrucción que llevaba, debía hacer, que era tirar un tiro de lombarda y alzar las banderas; (1) así parece que, pues se vido la tierra dos horas despues de media noche, juéves, se debe atribuir al viérnes este descubrimiento, y, por consiguiente, fué á 12 de Octubre. Vido la tierra primero un marinero que se llamaba Rodrigo de Triana, pero los 10,000 maravedís de juro, sentenciaron los Reyes que los llevase Cristóbal Colon, juzgando, que, pues él había visto primero la lumbre, fué visto ver primero la tierra. De donde podemos colegir un no chico argumento de la bondad y justicia de Dios, el cual aun en este mundo remunera como también castiga, respondiendo á la confianza que de su providencia se tiene, y á los trabajos y solicitud virtuosa de cada uno, en que ordenó, que, así como había Cristóbal Colon llevado lo más trabajoso y angustioso de todo el viaje, con padecer sobre sí la parte que dello le cabía como á particular persona, y la carga de todos como pública, con los desacatos y turbaciones y

(1) Desde aquí, hasta donde dice "á 12 de Octubre," está al margen del original, de letra al parecer de Las Casas.

aflicciones que muchas veces todos le causaron, y solo él tuvo fé firme y perseverante constancia de la divinal providencia, que no había de ser de su fin defraudado, el alcanzase este favor, y se le atribuyese haber primero visto la tierra por ver primero la lumbre en ella, en figura de la espiritual, que, por sus sudores y trabajos, había Cristo de infundir en aquellas gentes que vivían en tan profundas tinieblas, y así gozase de la merced de los 10.000 maravedis; lo cual es de estimar, no tanto por el valor dellos, como fuese tan poco, cuanto por el alegría y consuelo que en esto, áun tan mínimo temporal, favoreciéndole, quiso concederle. Estos 10.000 maravedis de juro llevó siempre por to-la su vida, y si no me he olvidado, un día, hablando con la Vireina de las Indias, nuera del mismo Almirante D. Cristóbal Colon, mujer de su primer sucesor, en las cosas de aquel viaje, me dijo habérsele librado en las carnicerías de la ciudad de Sevilla donde siempre se los pagaron.

Por todo lo dicho, queda bien claro y confundido el error de algunos, que inventaron y osaron decir que Cristóbal Colon había desmayado y arrepentido del viaje, y que los Pinzones, hermanos, lo habían hecho ir adelante. Parece también la inconsideración de Oviedo que en su Historia (defraudando y quitando la gloria y privilegio, que la bondad de Dios quiso que alcanzase, al que tan justa y condignamente ante todo el mundo la había, por sus incomparables trabajos y sudores tan diuturnos, merecido), puso esto en duda, informado de un Hernán Pérez, marino, y otros semejantes, de quien él tomó mucho de lo falso que escribe. No cierto escogió Dios á los Pinzones para principal autor deste grande é importantísimo negocio, sino á Colon, como podemos conjeturar por muchas cosas de las dichas, y otras más que se dirán, y así, como á su principal ministro, concedió el don de sufrimiento y longanidad, para que perseverase en lo que tantos años lo había conservado, como ha parecido. Así que, vista la tierra, bajaron todas las velas, quedándose los navíos con el papahigo, que dicen los marineros, de la vela mayor, sacadas todas las bonetas, y anduvieron barloventeando hasta que fué de día.

En el cual se trata de la cualidad de la isla que tenían delante, y de la gente della.—Cómo salió en tierra el Almirante y sus Capitanes de los otros dos navíos, con la bandera real y otras banderas de la cruz verde.—Cómo dieron todas gracias á Dios con gozo inestimable.—Cómo tomaron posesion solemne y jurídica de aquella tierra por los Reyes de Castilla.—Cómo pedían perdón al Almirante los cristianos de los desacatos que le habían hecho.—De la bondad, humildad, mansedumbre, simplicidad y hospitalidad, disposición, color, hermosura de los indios.—Cómo se admiraban de ver los cristianos.—Cómo se llegaban tan confiadamente á ellos.—Cómo les dió el Almirante de las cosas de Castilla y ellos dieron de lo que tenían.

De aquí adelante será razon de hablar de Cristóbal Colon de otra manera que hasta aquí, añadiendo á su nombre el autenombre honorífico, y á su dignísima persona la prerrogativa y dignidad ilustre, que los Reyes tan dignamente le concedieron, de Almirante, pues con tan justo título y con tantos sudores, peligros y trabajos, pretéritos y presentes, y los que le quedaban por padecer, lo había ganado, cumpliendo con los Reyes mucho más, sin comparacion, de lo que les había prometido. Venido el día, que no poco deseado fué de todos, llegábase los tres navíos á la tierra, y surgen sus anclas, y ven la playa toda llena de gente desnuda, que toda el arena y tierra cubrían. Esta tierra era y es una isla de 15 leguas de luengo, poco más ó menos, toda baja sin montaña alguna, como una huerta llera de arboleda verde y fresquísima, como son todas las de los lucayos que hay por allí, cerca desta Española, y se extienden por luengo de Cuba muchas, la cual se llamaba en lengua desta isla Española, y dellas, porque cuasi toda es una lengua y manera de hablar, Guanahani, la última sílaba lengua y aguda. En medio della estaba una laguna de buen agua dulce de que bebían; estaba poblada de mucha gente que no cabía, porque, como abajo se dirá, todas estas tierras de este orbe son suavísimas, y mayormente todas estas islas de los lucayos, porque así se llamaban las gentes de estas islas pequeñas, que quiere decir, cuasi moradores de cayos, porque cayos en esta lengua son islas. Así que, curioso el Almirante y toda su gente de saltar en tierra y ver aquella gente, y no menos ella

CAPITULO XL.

de verlos salir, admirados de ver aquellos navíos, que debían pensar que fuesen algunos animales que viniesen por la mar, ó saliesen della. Viérnes, de mañana, que se contaron 12 de Octubre, salió en su batel armado y con sus armas, y la más de la gente que en él cupo; mandó también que lo mismo hiciesen y saliesen los capitanes Martín Alonso y Vicente Yañez. Sacó el Almirante la bandera real, y los dos Capitanes sendas banderas de la cruz verde, que el Almirante llevaba en todos los navíos por seña y divisa, con una *F*, que significa el rey D. Fernando, y una *I*, por la reina Doña Isabel, y encima de cada letra su corona, una del un cabo de la cruz, y otra del otro.

Saltando en tierra el Almirante y todos, hincan las rodillas, dan gracias inmensas al todopoderoso Dios y Señor, muchos derramando lágrimas, que los había traído á salvamento, y que ya les mostraba alguno del fruto que, tanto y en tan insólita y prolija peregrinacion con tanto sudor y trabajo y temores, habían deseado y suspirado, en especial D. Cristóbal Colon, que no sin profunda consideracion dejara pasar las cosas que le acaecian, como quiera que más y mucho más, la anchura y longanidad de su esperanza se le certifica viéndose salir con su verdad, y que de costumbre tenía de magnificar los beneficios que recibía de Dios, y convidar á todos los circunstantes al hacimiento de gracias. ¿Quién podrá expresar y encarecer el regocijo que todos tuvieron y jubilacion, llenos de incomparable gozo é inextimable alegría, entre la confusion de que se veían cercados por no le haber creído, ántes resistido é injuriado al constante y paciente Colon? ¿Quién significará la reverencia que le hacian? ¿el perdón que con lágrimas le pedían? ¿las ofertas que de servirle toda su vida le hacian? y, finalmente, ¿las caricias, honores y gracias que le daban, obediencia y subjecion que le prometían? Cuasi salían de sí por contentarle, aplacarle, y regocijarle; el cual, con lágrimas los abrazaba, los perdonaba, los provocaba todos á que todo lo refiriesen á Dios; allí le recibieron toda la gente que llevaba por Almirante y Visorey é Gobernador de los reyes de Castilla, y le dieron la obediencia, como á persona que las personas reales representaba, con tanto regocijo y alegría, que será mejor remitir la grandeza della á la discrecion del prudente lector, que por palabras insuficientes quererla manifestar. Luego

el Almirante, delante los dos Capitanes y de Rodrigo de Escobedo, escribano de toda el armada, y de Rodrigo Sanchez de Segovia, veedor della y de toda la gente cristiana que consigo saltó en tierra, dijo que le diesen por fé y testimonio, cómo él por ante todos tomaba, como de hecho tomó, posesion de la dicha isla, á la cual ponía nombre Sant Salvador, por el Rey é por la Reina sus señores, haciendo las protestaciones que se requerian, segun que más largo se contiene en los testimonios que allí por escrito se hicieron.

Los indios que estaban presentes, que eran gran número, á todos estos actos estaban atónitos mirando los cristianos, espantados de sus barbas, blancura y de sus vestidos; íbanse á los hombres barbados, en especial al Almirante, como, por la emnencia y autoridad de su persona, y también por ir vestido de grana, estimasen ser el principal, y llegaban con las manos á las barbas maravillándose dellas, porque ellos ninguna tienen, especulando muy atentamente por las manos y las caras su blancura. Viendo el Almirante y los demas su simplicidad, todo con gran placer y gozo lo sufrían; parábase á mirar los cristianos á los indios, no ménos maravillados que los indios dellos, cuánta fuese su mansedumbre, simplicidad y confianza de gente que nunca cognoscieron, y que por su apariencia, cómo sea feroz, pudieran temer y huir dellos; cómo andaban entre ellos y á ellos se allegaban con tanta familiaridad y tan sin temor y sospecha, como si fueran padres y hijos; como andaban todos desnudos, como sus madres los habían parido, con tanto descuido y simplicidad, todas sus cosas vergonzosas de fuera, que parecía no haberse perdido ó haberse restituido el estado de la inocencia, en que un poquito de tiempo, que se dice no haber pasado de seis horas, vivió nuestro padre Adán. No tenían armas algunas, sino eran unas azagayas, que son varas con las puntas tostadas y agudas, y algunas con un diente ó espina de pescado, de las cuales usaban más para tomar peces que para matar algùn hombre, también para su defension de otras gentes, que, diz que, les venían á hacer daño.

Destá gente que vivía en estas islas de los lucayos, aunque el Almirante da testimonio de los bienes naturales que cognoscíó dellas, pero cierto mucho más, sin comparacion, despues alcanzamos de su bondad natural, de su simplicidad, humildad,